

LAS VIRREINAS

Manuel JURADO

TEATRO
COLECCIÓN "PREMIO BUERO VALLEJO"

Manuel Jurado
Las Virreinas

Premio de Teatro BUERO VALLEJO
«Ciudad de Guadalajara» 1996

**EDITA: PATRONATO MUNICIPAL DE CULTURA
AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA**

DISEÑO: LEONA

IMPRIME: GRÁFICAS MINAYA, S. A. - GUADALAJARA

ISBN: 84-87874-19-3

DEPÓSITO LEGAL: GU-232/97

LAS VIRREINAS

Manuel Jurado

PERSONAJES

- LOLA RANGEL
- TERESA SUANCES

«SECUENCIA PRIMERA»

(ENTRADA DE LOLA RANGEL)

Lola Rangel es una joven entre veinticinco y treinta años. Delgada, desenvuelta, fresca y chispeante. Prepara su tesis doctoral sobre un poeta suizo de lengua alemana. Llega a su estudio minúsculo de una pieza abigarrada y algo exótica. Cocina americana, frigorífico, una mesita de trabajo junto a la venta, al fondo a la izquierda. Toda revuelta de papeles, libros, flexo, algunas prendas interiores que alzaré en cualquier momento de la secuencia, unos vasos de yogur vacío con lápices y rotuladores. Casi en el centro de la escena, una cama redonda, neumática, traslúcida, en cuyo interior lleva un juego de luces que se apagarán y encenderán en su momento, y junto a ella una mampara de ducha, tras la que ha de aparecer Lola para tomar un baño. Algunos sillones con ropa de vestir e interior, revistas y fundas de discos, cintas de música sudamericana. Sobre la barra de la cocina americana hay un radiocasete estereofónico, una fuente con fruta: manzanas, naranjas y uvas, especialmente y una botella de bourbon. Al entrar, trae en la mano el manojito de llaves, unas cartas, unos folletos de propaganda comercial y una gran bolsa de papel duro que exhibe el nombre de una boutique con grandes letras. Dentro de la bolsa, que Lola trata con mucho cuidado, hay un objeto al parecer muy preciado y frágil.

La escena estará en semipenumbra, vacía. Se oye un ruido de llaves en la cerradura de la puerta de la derecha. Aparece entonces Lola Rangel algo agobiada por tener las manos ocupadas y por el cuidado con que sostiene una bolsa grande de papel rígido.

LOLA.- Dentro de nada los buzones serán papeleras (*Dice mientras arruga de mala manera los papeles de propaganda y mira a un lado y otro para ver dónde arrojarlos y los deja sobre la barra de la cocina americana, que le coge más cerca*). Banco..., banco..., más banco..., joder cómo avasallan! (*Pasa entre las manos, con torpeza, la correspondencia y da con el tacón a la puerta para que se cierre*); ¿Y éste qué coño quiere ahora? (*y va descalzándose y lanzando sin cuidado los zapatos a un sitio y a otro al mismo tiempo que desgarran el sobre y lee a trompicones*); ¡lo que tú digas, cielos, ¿no te jode el tío; ahora me viene con éstas, en septiembre quiere el primer tercio de la tesis?; ¡una mierda como un sombrero! Y no tengo ni cien fólíos medio decentes... (*Pausa para mirarse los pies; los encoge, los estira...*) ¡Qué alivio, Dios!, toda la mañana con ellos puestos... (*Tira los sobres encima de uno de los sillones, dejando la carta abierta bien visible, y con la bolsa de la boutique en la mano busca un sitio seguro donde colocarla. Se acerca a la barra de la cocina y allí deja la bolsa no sin antes cerciorarse de su seguridad*); como se caiga puede ser de Woody Allen... (*Y se dirige hacia la ventana para levantar un poco la persiana. Mira instintivamente a la calle. La escena cobra algo de más luz. Regresa y se sitúa cerca de la cama o de los sillones. Trata de desabrocharse no sin dificultad la cremallera de la espalda de su discreto vestido de entretiempo de tonos opacos*); esta puta cremallera...; no tenía que haberle pedido prestado el vestido a Elvira, total, para lo que ha sido...; me voy a asfixiar (*Mientras, intenta quitár-*

selo desde la falda hacia arriba, quedando desorientada, envuelta la cabeza por el vestido y el forro y dejando ver sus piernas enfundadas en unos pantys gris humo; lanza distintos tipos de maldiciones contra el vestido y contra Elvira); ¡menuda me la has jugado, so cabrón!; hacerme esto a mí precisamente ahora..., sin terminar la traducción, con el viaje que teníamos apalabrado a Cuba para los cursos de cine y el submarinismo... (Se desembaraza del vestido y queda en su mínima ropa interior) ¡Dios, qué a gusto, qué a gusto! (Tira el vestido sobre la cama y se acerca a la barra de la cocina donde ha dejado la bolsa. La aparta con cuidado, hace una especie de genuflexión algo paródica y enciende el aparato de radio. Surge un fragmento empezado de un adagio); ¡Lo único que me faltaba ahora es una ración de adagios, Karajan por activa, Karajan por pasiva, ¡al ka-ra-jo con Ka-ra-jan!; y con el canal clásico, so huevones!... (Mueve el dial que produce una mezcla de sonidos musicales, pitido y voces humanas, y surge la voz poderosa de Gloria Stefan).

VOZ DE GLORIA STEFAN.- «De mi tierra bella, de mi tierra santa/ oigo los gritos de los tambores y los timbales al cumbaya... (Lola Rangel se mueve delante de la bolsa de papel provocativamente, muerde una manzana que ha cogido del frutero después de jugar con ella y tirarla hacia lo alto; la canción se ha de oír en su integridad mientras Lola se desenvuelve en escena. Ella sobretarareará el estribillo: «La tierra te duele,/ la tierra te da/ en medio del alba/ cuando tú no estás.../». (Intenta ordenar un poco la mesa de trabajo, mordisquea de nuevo con sensualidad extrema la manzana y cada vez que se acerque hacia donde esté la bolsa hará una cómica genuflexión, airea alguna ridícula prenda interior de llamativos colores que se pondrá por encima siguiendo el ritmo de la canción. Coge la carta abierta y la lee moviendo los

labios como si deletreara. Vuelve a dejarla de mala manera. Murmura unas frases inaudibles, algunos insultos. Se acerca a un lado de la cama redonda y le da a un interruptor, las luces del interior del lecho comienzan a funcionar alternativamente en distintos colores). ¡Así me gusta mi amor! (Va hacia la ducha, abre la mampara. Acaba la canción y se oye la voz del locutor).

VOZ DEL LOCUTOR.- Innegable la fuerza de esta mujer. El ritmo del Caribe se anida en su garganta y el fuego de sus ojos podría incenciar todo Miami. Pero, amigos, llega el momento de la sintonía de los servicios informativos. Les dejamos con las noticias del mundo y de nuestro país de la mano y en la voz de Leo Castillo. Estaremos de nuevo con ustedes al término de las mismas, yaaa sabeen con «Muuuuúsica eeen la sangre, todo el sabor, el son y el fuego de la música caribeña».

(Se oye una melodía insulsa que sirva como motivo de entrada para unos vulgares informativos de una cadena de provincias. Lola se acerca al receptor y lo apaga. Hace la genuflexión, medio desnuda, y se va hacia la ducha. Se quita el sujetador y lo lanza a la cama. Se sienta en ella y se desenfunda los pantis gris humo, como si lo hiciera copiando los movimientos lentos de una sofisticada estrella de cine americano. Se queda en unas diminutas bragas. Cuando está a punto de entrar en la ducha suena el teléfono. Una, dos, tres veces...).

LOLA.- *(Con un pie dentro y otro fuera, agarrada a la mampara, de medio lado, con cierto aire de actriz de película francesa) Hasta siete. Si a la séptima deja de sonar, el que sea no tiene mucho interés; si insiste, es algo importante. (A la novena llamada, se acerca y descuelga el auricular). Tiene interés,*

por lo visto ¿Síiii...? (*Pregunta con irritación mal disimulada*); ¡Elvira, hija, qué inoportuna eres..., me coges en pelotas, justo en el momento en que iba a darme una ducha... Claro que estoy ya aquí, ¿pues no me oyes?...; ¿con quién te crees que estás hablando?...; no, no me molesta; bueno, no me molesta mucho, sólo un poco..., nooo, no me llames más tarde, suelta lo que tengas que decirme: te escucho... (*Pausa para escuchar a Elvira*); no sé si acostarme y dormir un rato a ver si puedo conciliar el sueño. Llevo sin pegar un ojo dos días, ya lo sabes, qué te voy a decir... y se me caen los párpados como a los leprosos de las películas de antes... (*Pausa*) No, no tienes que disculparte, mujer...; que no, mujer... Y menos tú... (*Se separa del auricular y hace un gesto de disgusto e impaciencia*) ¿Qué ibas a pintar tú allí?... (*Pausa*) Ya te puedes imaginar, no es nada agradable... Todo fue muy embarazoso a la hora de los informes y las explicaciones y el papeleo... (*Pausa*) Más que para un crédito en el banco... Tú no tenías por qué acompañarme...; bueno, que no tenías por qué. No ibas a pedir medio día para esto... (*Pausa*) Ya sé que somos amigas, me lo vas a decir a mí que te enseñé a hacértelo tu solita... (*Pausa*) Si tú lo dices...; bueno, pues tú a mí, vale, mi vida... No debes tener conciencia de culpa... La culpabilidad es síntoma de deterioro, es patrimonio exclusivo de los pusilánimes... (*Pausa*) ¡No me jodas con los juegos sutiles de palabras... No me estoy refiriendo... te estoy hablando de lo de hoy... (*Pausa*) Fuertes... Claro que somos fuertes... ¿No habíamos hablado de estas cosas muchas veces...? Ya sé que a ti no te fue bien... (*Pausa*) Un avío... Sí me ha hecho el avío, gracias, pero me lo he quitado como si me arrancaran la piel a tiras... (*Pausa*) A mí tampoco me ha ido... Sí, son casos diferentes el tuyo y el mío... (*Pausa*) Mi empleo, mi empleo... Desmenuzando las locuras ajenas para darle forma lógica en otra lengua... (*Pausa*) ¿Seguro...?;

¿quieres que tire el vestido a la basura...? ¡joder, Elvira, por Dios, si está nuevo y a ti te sienta como un guante... Lo llevas al tinte, si tienes... *(Mientras habla con Elvira se ha acercado a morder de nuevo la manzana, ha cogido con asco el vestido y lo ha arrojado de un sitio a otro, ha jugado con los lápices, ha removido los papeles de encima de la mesa, ha cogido un libro, el que anda traduciendo, y hace gestos de impaciencia ante la conversación con Elvira)*. Nadie, no había nadie. Yo sola. No apareció ni un alma... *(Pausa)* Tampoco... Pues no sé... Ya; claro que sí... Le puse un telegrama... Era lo menos que debía hacer... Yo sola, ya te he dicho. Aguantando las impertinentes miradas sucias de los funcionarios. Algún guarro de aquellos hasta debió correrse de tanto mirarme las piernas... No te exagero, al tío se le ponían los ojos en blanco y los labios caídos... Un hijoputa baboso de los muchos que hay por ahí suelto... Así estoy ahora, como unas bragas... Es que fueron más de dos horas... Y eso que en la sala no había ni un alma... *(Pausa)* En la mía, en las de al lado sí. Por riguroso turno. Los funcionarios tenían los papeles y daban cita para dos o tres horas... Es que no todos son iguales... Interminable... Lo más desagradable era la estupidez de la espera... Sentada allí, modosita, impaciente, como si me hubieran metido un palo por... Y lo peor de todo fue cuando se me acerca un tío gordo, blanquecino y sudoroso y me dice: «¿Ha traído usted algo para llevárselo?»... *(Imita la voz del funcionario)* ¡Como te digo...! ... Y yo qué leche sabía, si era la primera vez que me veía en un caso así... Yo creía que allí tendrían previsto..., algo a mano ¡Como si yo fuera una cliente habitual!; como si estuviera allí cada dos por tres... ¡Lo normal...! ¿Tu qué crees que es lo normal en mí, si no me he visto en mi vida en una situación parecida...? *(Hace gestos de impaciencia... descoloca y coloca los lápices, muerde la manzana, se cambia el auricular de oído...)* Una

manzana, lo más higiénico que he encontrado. Sirve para la limpieza de los dientes... Me he tirado toda la mañana con un café solo, de mala muerte, (*Se santigua cómicamente con la mano que sostiene la manzana mordida*) que me ha estado bailando el estómago todo el tiempo... ¿Y qué iba a hacer?; pues salí pitando a buscar algo adecuado, lo más cerca posible... Si te dijera... No, no te lo voy a decir (*Cambia a un tono casi infantil y cómplice*)... frío, frío... No te lo digo... ¡Hija, por Dios, qué fantasía gastas a estas horas...! Tiesa, yo, como siga hablando contigo, estoy sólo con las braguitas... Cualquiera que nos oiga se cree que somos de la línea erótica... Se ríe.. Por un tiempo ni pensarlo... No, no te lo voy a decir... No insistas, ya lo verás si vienes... Pero bien tarde, eh; ya por la noche, ¿vale?... Si te empeñas... Yo tengo pensamiento salir mañana por la tarde. No es un bocado de buen gusto... Pero se lo prometí. ¡Joder, Elvira, por lo que más quieras..., que estoy deseando darme una ducha y dormir un par de horas...! Ciao, cielo, ciao..., ciao... (*Cuelga el teléfono, muerde la manzana y se mete a ducharse. Tararea «Tiene un quejío/ tiene un lamento/ nunca la olvido/ la llevo en mi pensamiento...»*).

SECUENCIA SEGUNDA

(UNA MALA DUCHA LA TIENE CUALQUIERA)

Se oye durante unos segundos el sonido del agua de la ducha. Se adivina el cuerpo joven de Lola Rangel a través del cristal traslúcido de la mampara. Tararea la canción de Gloria Estefan durante unos breves instantes. Suena de nuevo el teléfono. Lola no lo escucha con el ruido del agua y el rumor de su propia voz mientras canta. Cierra el grifo para enjabonarse y percibe con claridad ahora la llamada de teléfono. Entreabre la mampara. Asoma la cabeza mojada. Busca a un lado y a otro algo que ponerse. Hace un gesto de fastidio y se decide, al principio, a dejar sonar el teléfono. Se gira para meterse de nuevo en la ducha. Durante esta secuencia Lola Rangel tiene que dar una imagen de naturalidad al moverse medio desnuda, y al mismo tiempo de desconcierto. Puesto que va a ser ella quien llene la secuencia, como la anterior, ha de conducirse con enorme soltura, pero con cierta picardía. Se cubrirá y descubrirá no con la conciencia de actriz que es observada, sino de mujer que se siente sola en su apartamento aunque con cierto recato lógico de inocencia natural.

LOLA.- (Creyendo que es Elvira de nuevo se echa medio desnuda y mojada sobre la cama neumática, reptando sobre ella, provocativa hasta llegar al teléfono; con él en la mano, se revuelve.

Habla de bruces, pedalea con sus piernas y sus pies aletean ¡Y ahora qué leche quieres, Elvira...! *(Da de pronto un respingo y se sienta en medio de la cama cruzando las piernas como los árabes sobre las alfombras ante las tazas de té y trata de taparse con la mano que tiene libre, alternativamente coge los pantys, una blusa o alguna prenda más y con todas juntas trata de cubrirse como si tuviera la sensación de que alguien la estuviera viendo desde algún lugar próximo. Mira hacia la ventana. El teléfono ha de tener un cordón largo que le permita a Lola Rangel libertad de movimientos y a la vez un juego sutil entre sus manos)* ¡¿Teresa Suances...?! ¿Teresa...?; perdone, pero... ¿Teresa..., Teresa... Suances? *(Se repite intentando registrar en su cabeza el nombre y el apellido)* ¡Joder! *(Tapa el auricular)* ¡Ah, claro. Perdone... creía que...! No, no la esperaba, de verdad, tan pronto... ¿Ayer mismo...?... Sí, por supuesto, por supuesto, cuanto antes...; sí, sí... Pero ya es tarde, desgraciadamente... Todo muy rápido, sí, un visto y no visto... No, no: acabo de llegar de... allí... Ahora mismo; casi no me coge en casa. Precisamente estaba metida en la ducha... No, por favor, *(Miente)*, qué va...; nada de eso. Faltaría más...; qué menos que... Que llama desde... ¿Coppelia, dice...? Si esa cafetería... *(Lola trata de alejarse un poco del punto de mira de la ventana que da a la calle, aunque durante la conversación procurará mirar discretamente para ver si puede localizar a la mujer que la ha llamado, sentándose al borde de la cama más próximo a la ventana)*... Está ahí frente, al otro lado de... *(Y se asoma algo más arriesgando a ser descubierta)* Hay un jaleo muy grande... Claro, claro, el aperitivo... Bueno, sí, desde luego..., ya comprendo... Sí..., sí..., sí..., por supuesto...; ya, que para eso ha venido... Yo bajo y me reúno con usted dentro de... *(Trata de mirarse el reloj de la muñeca que lleva desnuda y busca su reloj entre la ropa y las fundas de discos y los libros de la mesita)*... ¿Algún sitio

más discreto?... Así de pronto... ¿¡¡Aquí...!!? *(casi grita y mira con desolación el estado del apartamento)* Ya... sí... *(tartamudea sin saber qué responderle a la mujer que le habla...)* En estos días... ya comprenderá que... No, no han sido fáciles... No he pisado la casa para nada... Ya sé, ya sé que no viene de inspección... Ni yo se lo... *(Se calla, antes de cometer una imprudencia)*... Déme por lo menos un cuarto de hora... De acuerdo... sí... Quedamos que dentro de un cuarto de hora... Yo me acerco... ¿Cómo la reconoceré...?... No, nunca... Ni una foto... No, de verdad...; mejor así...; ¿No cree?... ¿Con el Alerta de Santander en la mano...? ... ¿Qué es el Alerta...? *(Se queda un instante pensando)* ¿No sería mejor aquí?... *(Le propone resuelta y decidida)*... Será menos violento para las dos... Ya sé, ya sé... No hay ya motivo de guerra... ¡Claro que no!... hablaremos con más tranquilidad... Sí, el tercero centro... Está mi nombre en la puerta: Lola, Lola Rangel... En un cuarto de hora, sí... de acuerdo... el gusto es mío... *(Dice tópicamente y mantiene el auricular alzado sobre su mano, mientras levanta sus piernas desnudas y repite:)* el gusto es mío..., el gusto es mío... *(Cuelga)* ¡Qué coño gusto! *(medio cubierta con el lío de ropa intenta acercarse a la ventana para ver si distingue a la mujer que la ha llamado. Se vuelve desolada hacia la habitación. Baja los brazos como derrotada. Va hacia la ducha a coger una bata. Se cubre con ella. Una bata de colorines, ligera y corta que se ata a la cintura. Intenta quitar fundas de discos, guardar debajo de los cojines y la almohada ropa, cintas, coge de vez en cuando algún grano de uva, cuando pasa junto a la bolsa grande de papel rígido hace una genuflexión)* Teresa. Teresa Suances... Dentro de un cuarto de hora. *(Se acerca a la mesita donde está el libro que anda traduciendo, lo coge y lee, como olvidándose de lo que se le viene encima)* «Los labios, o dientes, o cuchillos,/ oh llama...» Oh llama, no; otra cosa más aguda, llama

no; hoy no, de llama nada... Ya está bien de fuego... Teresa... Teresa Suances... ¡¡¡¡Elvira!!!! *(Grita como si hubiera encontrado la solución)* Elvira, Elvirita... *(Va diciendo mientras se acerca al teléfono. Marca, espera, echa hacia atrás la corta melena y aguarda con el auricular un poco apartado del oído)*... cuatro... cinco... seis... siete... Ya debería cogerlo... ocho... ¿dónde coño estará...?; como si tuviera otra cosa que hacer... diez... Soy yo... soy yo... no te sofoques... ¿En la cocina? Habrá que hacer una raya en el suelo... No, no me he acostado; ¡qué va, hija!... Y ahora mucho menos... Ella está aquí... *(Y baja la voz como si Teresa la pudiera oír)*; ¿quién va a ser?: Teresa, Teresa...; Teresa Suances, sí; pues claro; le puse un telegrama, era lo menos... Aquí no, aquí... Ahí enfrente, vamos, en *Coppelia*...; pero hemos quedado en vernos dentro de un cuarto... dentro de diez minutos más o menos, no... en *Coppelia* no, aquí sí, aquí en mi casa. Ya lo sé... Ya no tiene remedio... Y si vieras cómo está esto... Claro que no me importa... *(Pausa)* Pues que le den por culo, ya lo sé, pero ya ves, no he podido evitar ponerme algo nerviosa. No es para menos. Sí, sí, pero ponte tú en mi lugar... Ya lo sé, ya lo sé... muy natural, lo más natural posible... Pero no me negarás que es un trago... Ahora que digo lo de trago... espera, voy a ponerme un poco de bourbon, no cuelfgues, no vayas a colgar... *(Se acerca a la barra de la cocina, apura los restos de bourbon que hay en el vaso y se echa como un dedo, hace la genuflexión ritual ante la bolsa, alza la mano como en un brindis, la mano con el vaso y se vuelve a coger el teléfono)* ¿Estás ahí... Hija, es que tengo la garganta seca... *(Pausa)* ¿Tú crees...? ¿Me va a oler el aliento...? ¡Joder, tú!... Digo yo... Y ella... ¿O no...? ¿Ni a pacharán...? ¿Ni a descafeinado va a oler...? ¡A rancio...! *(Se ríe a carcajada)*... Pues algo más de los cincuenta... ¿A menopausia...? ¿Que la boca les huele...? ¡Qué mala lecheeee tieneees...! *(Pausa)* Ni se te

ocurra... Aquí no vayas a poner los pies... Pues no te abro... ¿Qué va a decir...? Que no, coño, Elvira, que no... No vuelvo a mirarte... Como si hubieras muerto... Igualito... Ya me las aviaré yo sola... Te dejo... Sí, con pelos y señales... todo, no te preocupes... ¿que te lo grabe...? ¡Tú no estás bien de la azotea...! *(Pausa)* ¡Menudo documento estás tú hecha...! Es que es una putada... No puedo hacérselo... Que cuelgo... No, no, no, ¡Y no! *(Cuelga, se levanta, mira de nuevo a su alrededor y pone algo de orden, se pone ropa interior y se deja la misma bata. Se arregla algo el pelo y se da sensualmente unos toques en las mejillas y en los labios. Suena el teléfono. Se sobresalta. Aguarda a que toque varias veces. Cuando cree que han sido siete timbrazos, lo coge y pregunta)* ¿Teresa...? ¡¡¡Elvira, leche, que me dejes tranquila!!! *(Cuelga de golpe. Se va hacia el radiocasete y pone algo una cinta de salsa. Hace la genuflexión y dirigiéndose a la bolsa dice:)* Sorpresa te da la vida, la vida te da sorpresa... *(Se va hacia uno de los sillones moviéndose al son de la música, se sienta, cruza las piernas con cierta procacidad, está buscando una postura ideal para adoptarla ante Teresa Suances, dejará el vaso sobre la mesita de estudios, se irá de nuevo al sillón con el libro de poemas que anda traduciendo, adoptará una postura intelectual, tira el libro sobre la cama)* ¡A tomar por culo los versos! *(Vuelve a cruzar las piernas más recatadamente, escurriéndolas hacia un lado, luego hacia el otro, y de pronto suena sorpresivamente el teléfono)* ¡Elvira, te vas a hacer puñetas esta vez...! *(Mientras se van apagando las luces suenan a la misma vez el teléfono y el timbre de la puerta del apartamento de Lola Rangel).*

SECUENCIA TERCERA

(... «QUE LA VIDA ES MUY CORTA...»)

Se dejó la secuencia anterior a Lola Rangel sentada, después de haber colgado el teléfono, en uno de los sillones, adoptando la postura más idónea para mantenerla ante la presencia de la desconocida Teresa Suances. Al comienzo continuará oyéndose la música de salsa y Lola en actitud dubitativa sobre cómo colocar sus largas piernas. Continúa sonando a intervalos el timbre de la puerta del apartamento. Esta secuencia es la verdadera estrategia de dos mujeres, con su distinta educación sentimental y educación intelectual. Han de aparecer confusas, cobibidas al principio para ir entrando en una dinámica de relajación y acabar en una complicidad manifiesta. Entre ellas se va a producir un interflujo de actitudes, salvando incluso la patente diferencia de edad. Teresa Suances es una mujer seca, de cincuenta y tres años con cierta belleza ajada y un leve toque de feminidad rancia. Viene de semihito, con una falda estrecha gris plomo y una blusa negra de discretos y menudos lunares blancos. Llevará un bolso al hombro y un periódico en la mano. Durante los primeros momentos de la conversación con Lola Rangel sus palabras tendrán un tono de reproche mal contenido y una actitud altiva. Deja de sonar el timbre del teléfono. Al sonar de nuevo el de la puerta, Lola deja

pasar unos instantes; luego, se levanta, va hacia la barra de la cocina, deja el vaso vacío, apaga el aparato de radio, hace una genuflexión y murmura algo que no se oye. Observa por la mirilla, se ajusta el cinturón de la bata, se retoca el pelo y abre.

LOLA.- *(Mientras abre) Sí...;*

TERESA.- *¿Lola Rangel? (Pregunta desde fuera)*

LOLA.- *Un momento por favor. (Lola, aun sabiendo quién llega, observa un instante por la mirilla. Se atusa de nuevo el pelo, mueve la cabeza hacia uno y otro lado, se ajusta algo la ropa y se decide a descorrer el cerrojillo. Se produce un instante de embarazoso silencio en el que ambas mujeres se observan frente a frente, de arriba abajo y se desnudan con la mirada en el mismo umbral del apartamento)*

TERESA.- *¿Lola..., Lola Rangel es usted...? (Pregunta como no queriendo certificar de golpe la realidad de la belleza firme de la muchacha).*

LOLA.- *¿Usted es Teresa, verdad? (Teresa asiente con un gesto) Lo imaginaba (Y Lola la invita a pasar con una indicación de la cabeza. No saben si darse la mano, aunque Lola intenta hacer un leve movimiento para besar a Teresa que ésta rechaza echando para atrás la cabeza con cierto aire de despecho y orgullo. Tampoco acepta la mano). Adelante, pase, por favor... perdone tanto desorden, ya comprenderá que ...han sido unos días de... ¡Qué le voy a contar...!*

TERESA.- *Lo comprendo..., lo comprendo... habrán sido para usted muy duros... (Dice con cierta sorna amarga y mientras reco-*

rre con los ojos llenos de sorpresa el estudio. No sabe dónde colocar el bolso).

LOLA.- *Siéntese aquí, aquí, en éste, (Le señala al sillón que tiene menos cosas encima. Pero en el respaldar hay un par de medias y un sujetador rojo).*

TERESA.- *¿En éste, dice...? (Pregunta Teresa con incredulidad y mirando la ropa del respaldo, que intenta apartarla para estar más cómoda, pero se mantiene erguida como para no contaminarse con las prendas. En un momento determinado saca de debajo del cojín, al sentarse, la funda de un disco y unas braguitas negras que mira con cierta repugnancia disimulada. Lola Rangel se las recoge).*

LOLA.- *Perdone, perdone... (Se excusa incómoda y se va hacia la cama para sentarse en el borde. Observa el desorden de ropa y papeles que hay sobre ella e intenta recogerlo todo como puede mientras sigue hablando con Teresa) son unas braguitas... (Dice como justificándose).*

TERESA.- *Ya lo veo, ya... Muy monas y muy finas.*

LOLA.- *Y una funda de disco (Y tira de mala manera las bragas y la funda sobre la cama que antes medio había recompuesto).*

TERESA.- *Y música...*

LOLA.- *De la Trova Santiagueña... (Dice mientras levanta en alto la funda y la ondea como una banderola).*

TERESA.- *¿Música de dónde?*

LOLA.- Cubana... Son estupendos estos tipos; sensacionales; a Lino le entusiasmaban estos músicos... *(Le ha salido espontáneamente el nombre. Y Lola se arrepiente de haber dicho la frase. Va acercando un silloncito hacia Teresa para no parecer tan distante)*.

TERESA.- ¿A... Lino...? *(Insiste para cerciorarse)* ¿Se refiere... a Avelino...? *(Lola hace un gesto afirmativo)* ¿Y le gustaba la música cubana...?

LOLA.- Llevaba el ritmo del Caribe en la sangre. Como si hubiera nacido en Guantánamo, en Matanzas o en el mismísimo malecón de La Habana. *(Lola intenta sentarse de manera semejante a Teresa, y mira cómo ella tiene las piernas y trata de colocarlas de igual modo)*.

TERESA.- ¿En la sangre...? ¿El ritmo dice usted?

LOLA.- Era un magnífico bailarín.

TERESA.- *(Se sonríe algo descaradamente sin guardar las apariencias)* Pero si... era un patoso. Se le trababan los pies y se hacía un nudo con los zapatos. Ni el vals, que es un p'allá y un p'acá y luego la vuelta... *(Se detiene como si cometiera una irreverencia)*.

LOLA.- Era todo fuego y pasión cuando bailaba... *(Dice con entusiasmo)* Un bailongo empedernido. A mí me rendía siempre. Increíble su vitalidad. Quería beberse la vida a sorbos largos y densos.

TERESA.- Pues habrá tenido que asistir a cursillos acelerados en los últimos meses.

LOLA.- (*Con intención*) Es que a veces no conocemos bien a quienes tenemos al lado, por muchos años que se esté juntos.

TERESA.- ¿Y en algunos pocos de meses, ¡zas!, se abren los cielos, descende la luz y llega la ciencia infusa y la música cubana, y la vida a sorbos, y el frenesí...?

LOLA.- Más o menos, señora (*Recalca la palabra y la arrastra*) o algo por el estilo, pero mucho más sencillo: llega la vida, sin más. El calor. El fuego adormecido. Las ganas de vivir. Un cierto grado de libertad.

TERESA.- ¿Es que lo que tenía antes... era la muerte..., la esclavitud, la Siberia, y encontré, mire usted por dónde, la estufa que necesitaba...?

LOLA.- (*Herida*) Por lo helado que me llegó, parecía que llegaba del Polo. Traía congelado hasta... (*Se detiene*).

TERESA.- (*Acusa el golpe y ataca*) Lo tuvo congelado siempre.

LOLA.- (*Entrando en el juego*). Pues bien pronto que recuperó su estado sólido y consistente, natural...

TERESA.- No me extraña, con un horno así... (*Y señala con la mirada el cuerpo de Lola que no se inmuta*).

LOLA.- Quizás usted debería haber...

TERESA.- Ya no importa nada...

LOLA.- No crea. *(Se levanta con cierto aire conciliador y se dirige hacia la barra. Da la vuelta y busca vasos, hielo y soda).* ¿Le apetece tomar algo: un poco de bourbon...?

TERESA.- ¿De qué...?

LOLA.- *(Le muestra la botella)* Bourbon... Algo como el quíski...

TERESA.- ¡No por Dios! *(Rechaza como escandalizada, pero sin muchos aspavientos).* ¿A Avelino le gustaba...?

LOLA.- A Lino le encantaba *(Exagera Lola silabeando)*. Sobre todo con dos golpes de agua mineral y mucho hielo... No sea tonta, pruébelo. En homenaje a Lino... A ese Lino que usted parece que no conocía...

TERESA.- Yo nunca he probado una gota de alcohol en mi vida, ni en la boda pude con dos sorbos de champán...; y él... no bebía nada más que sidra los domingos...

LOLA.- Era en la prehistoria... ¡Perdone!. Sólo un dedo y mucho hielo, ¿Le hace?

TERESA.- *(Duda)* No sé... No sé... ¿Debo...?

LOLA.- A Lino le gustaría verla con un vaso de bourbon en la mano... *(Lola se acerca con un vaso en cada mano, ofrece a Teresa el que menos bourbon tiene).*

TERESA.- ¿Usted cree?. La verdad es que... *(Acepta el vaso que Lola le ha preparado mientras hablaban. Huele el contenido y hace una mueca de poco convencimiento).*

LOLA.- Ande. ¿Ve?, ya empezamos a entendernos. Yo voy a tomarme este otro. ¿Quiere algo de fruta o queso... o alguna chocolatina? A Lino... *(Y se contuvo)*.

TERESA.- Por mí no lo haga...

LOLA.- Lo hago también por mí... Ha sido una mañana muy dura... Si usted hubiera llegado unas horas antes... hubiera sido otra cosa. No me hubiera encontrado tan sola. *(Lola va a la barra, hace una genuflexión ante la bolsa de papel; prepara un platito con fruta y trocitos de queso)*.

TERESA.- Se me ha hecho imposible... Su telegrama me desconcertó y, además, lo recibí con el tiempo muy justo... Se pone triste. *(Busca en el bolso un pañuelo, mientras Lola acude; viene de la barra y le ofrece una servilleta de papel)*.

LOLA.- Tome. *(Teresa se suena discretamente con la servilleta y no sabe qué hacer con ella. La esconde disimuladamente en la rendija del silloncito)*. Yo voy a picar unas uvas *(Se acerca de nuevo a ella con el platillo con un gran racimo de uvas. Se sienta. Pone en el suelo el vaso de bourbon y el plato y mantiene entre las manos el racimo del que con la conversación también picará Teresa)*. A Lino le encantaba mezclar en la boca al mismo tiempo el bourbon y las uvas... Decía que era el sabor del amor... ¿Usted cree que el amor tiene algún tipo de sabor...?

TERESA.- *(No le contesta)* Lo de Lino..., perdón, lo de Avelino y usted...

LOLA.- ¿Que cómo sucedió...? Cuando menos lo esperaba..., como suelen suceder estas cosas... pasan y ya está... Sin más explica-

ciones lógicas. Yo asistía en La Rábida, en Huelva, a un curso de verano sobre antropología musical de Cuba y allí estaba él. Así de simple.

TERESA.- ¿Antropología... En un curso de Antropología musical...? Si él desde que dejó la carrera de Comercio lo único que leía era el Marca. No sé qué decirle... Avelino era contable de Hierros del Norte. Y cuando llegaba a casa (*Bebe un poco de bourbon que se le va por otro lado. Se acalora. Lola acude a ella*)

LOLA.- Coja unos granos de uva, verá cómo se le alivia. Ahora le traigo algo más de agua. (*Lola le trae un vaso de agua mientras Teresa tiene la boca llena de uvas y así seguirá hablando durante unos momentos*).

TERESA.- Por Dios, qué fuerte es esto... Si lo llego a saber...

LOLA.- Divino, luego se te queda el cuerpo... Te entra en caja... y como los ángeles... Decía usted que el Marca...

TERESA.- Llegaba de la oficina, me daba dos besos casi sin rozarme, se sentaba en su sillón preferido, encendía el televisor, le daba igual la cadena que fuera, desdoblaba el periódico y lo repasaba mientras se sumergía en el silencio más profundo. Aunque le hablara, él no respondía; si acaso con un sí o un no o con un gruñido: ¡grrrr!, que yo sabía muy bien que quería decir que lo dejara de una vez tranquilo.

LOLA.- ¿A ver si no es el mismo Lino del que estamos hablando... y hemos montado todo este teatro...? Porque el que ha vivido conmigo durante estos últimos meses era un hombre muy

distinto: lleno de imaginación, con enormes ganas de vivir, creativo, chispeante...

TERESA.- (*Le interrumpe un poco trastornada ya por los efectos del bourbon*) Un hombre con burbujas, como el cava catalán.

LOLA.- El cava catalán es gaseosa ida comparado con su efervescencia. Tenía un prodigioso sentido del humo, saltaba en la palma de la mano; con él no había lugar ni a la rutina ni al aburrimiento. Y era un activista de la lectura. Un lector incansable, desde los clásicos hasta los poetas alemanes de última hora. Él me ayudaba a buscar el sentido más poético de las traducciones que estoy haciendo.

TERESA.- (*Confusa por las palabras de Lola y por el bourbon*). Vamos a ver; vamos a ver. Es que yo no me aclaro. Creo que debemos estar confundidas. Yo al menos lo estoy. Estoy hablando de mi marido, de Avelino Ulloa, contable de Hierros del Norte, de cincuenta y cuatro años, casado, sin hijos, con domicilio... No puede ser el mismo. De ninguna de las maneras... Avelino tenía en el hombro un antojo en forma de pez con dos pelos negros rizados como cerdas de cochino.

LOLA.- Mire, no sé si era contable o no, a mí me dijo que se dedicaba a la gestión de ediciones. Un perfecto conocedor de Machado y del 98; un experto en antropología indígena caribeña.

TERESA.- Nunca me habló de esa gente, ni cuándo se veían... A casa no llevó nunca uno solo de esos amigos a los que usted se refiere. (*Apura el bourbon, toma unas uvas, carraspea. Lola, sin pedirle permiso, va de nuevo, se trae la botella y la*

coloca junto a su sillón, le sirve a Teresa que, inconscientemente acepta y se pone ella también un par de dedos).

LOLA.- Pruebe el queso, es curado, puro de oveja... Y además del antojo, tenía en el ... *(Lola se corta un poco y continúa en voz algo más baja)* ...en sus partes, pero en sus partes... más largas... la que se... un lunar del tamaño de mi uña del dedo pequeño. ¿No se lo vio nunca? *(Teresa lo niega con la cabeza entre avergonzada y confusa)* ¿Es que no le vio nunca a Lino...? ¿Hacían el amor a oscuras? *(Teresa asiente como confesando un pecado)*. ¡Ah! Perdone pero ahora soy yo la que no entiendo...

TERESA.- Es cuestión de educación...

LOLA.- ¿Qué leche tiene que ver la educación con el sexo dentro de un matrimonio...? ¿Cómo es posible que después de tantos años usted no le viera...?

TERESA.- *(Con aire maternal)* Hija, es que es muy joven...

LOLA. Mire, hasta mis padres... Mejor olvídense de mis padres...

TERESA.- Me estaba hablando de...

LOLA.- Sí, le iba a decir que en cierta ocasión me insinuó que le gustaría, si llegaba el momento, que... Verá, es que...

TERESA.- No se corte, hija... Ya no tiene sentido. *(Parece ya más desenvuelta y acalorada. Se desabrocha con discreción un botón de la blusa).*

LOLA.- ¿Quiere ponerse algo cómodo...? Podría valerle...

TERESA.- No se moleste... Me estaba diciendo...

LOLA.- Una de sus salidas de tono... Estábamos ahí, echados, tonteando... (*Señala la cama*) y me dijo: «Lola, si algún día me pasa algo, ya sabes: me quemas y te llevas las cenizas a Soria y junto al Duero las entierras bajo un olmo.

TERESA.- ¡Jesús!

LOLA.- Lino era así de claro.

TERESA.- Sería con usted... (*Se van sirviendo del bourbon y de las uvas*) A mí, la única vez que me habló de algo por el estilo fue cuando lo de las paperas, recién casados, que por eso no pudimos tener hijos... A él se le secaron los... (*Hace un gesto discreto pero significativo señalándose las entrepiernas*) Y creía que se moría. Me dijo: «Teresa, a mí no me vayas a prender fuego; ni se te ocurra esa barbaridad moderna; yo quiero la tierra, que me cubra la tierra de Cantabria. Tampoco en la pared...» (*Lacrimea de nuevo, hipea y solloza. Se suena ahora con más fuerza y vuelve a esconder la servilletita de papel. Vuelve a desabrocharse otro botón*) ¡Qué sofoco!

LOLA.- No se prive. Quítese esa blusa tan cerrada. Yo le ayudo. (*Lo hace ante la leve resistencia de Teresa que se siente casi desnuda cuando se ve con la parte alta de la faja enteriza*) Ahora le busco algo más cómodo. (*Se va a trastear entre sus ropas íntimas y teatralmente las va exhibiendo con picardía. Teresa se levanta y se tambalea un poco. Va hacia la barra y se echa algo de agua en el vaso. De camino, discretamente, echa una mirada al interior de la bolsa de papel rígido. Hace*

un gesto de sorpresa) ¡Seguro que esto le estará bien! (*Teresa se siente como niña a la que sorprende haciendo una travesura. Lola le enseña una bata corta de seda de llamativos ramajes de colorines*).

TERESA.- (*Sin moverse del lado de la barra*). En una situación como ésta... es un tanto escandalosa, ¿no cree?

LOLA.- (*Sin hacerle caso*) Le vendrá como anillo al dedo. Y como no va a salir con ella a la calle (*Se la pone por encima a Teresa*).

TERESA.- ¡Faltaría más! Todavía conservo algo de sensatez; aunque no sé por cuánto tiempo.

LOLA.- ¿Lo ve...?, perfecto... De lo más natural... Estamos las dos solas. Charlando; ¿quién lo iba a decir hace sólo un cuarto de hora...? Quítese esa falda. (*Teresa, ante la voz autoritaria de Lola, lo hace sin rechistar como una niña. Se queda en faja enteriza. Lola la mira, hace gesto de incredulidad*). No tiene mala figura...

TERESA.- (*Halagada*) Si me hubiera conocido... Yo también tuve su edad... (*Se coloca la bata. Vuelven las dos a sentarse ya sin tanto envaramiento*). ¿Me puede decir cómo sucedió...?

LOLA.- ¿Lo de...?

TERESA.- Sí. Su muerte...

LOLA.- Creía que nunca me lo iba a preguntar. De una vez ha pronunciado la palabra tabú. (*Hace una breve pausa y respira profundamente*) ¿De veras lo quiere saber...?

TERESA.- No he venido desde tan lejos para quedarme a dos velas.

LOLA.- Fue en la cama (*Lola la señala*). El mismo Lino se empeñó en comprarla. A mí me parecía un disparate, carísima, costó un pastón, pero él era muy sofisticado. Decía que en este tipo de cama todas las sensaciones se transmiten por igual a cada rincón del cuerpo, y lo que siente el tacto llega sin desvirtuarse al cerebro y desde allí se dispersa a cada célula con la misma intensidad.

TERESA.- Me consuela al menos saber que fue mientras dormía. Sería una muerte tranquila y apacible...

LOLA.- Mientras... (*Lola no sabe cómo decirselo*).

TERESA.- ¿Mientras...? (*Pregunta incrédula*)

LOLA.- ¡¡Gozando..., vamos!!

TERESA.- ¡¿Gozando, dice...?!

LOLA.- Plenamente. ¿Conoce otro modo mejor de morir que de placer...?

TERESA.- Me da usted asco... (*Y hace un gesto como de retirarse de Lola*).

LOLA.- Y usted a mí lástima.

TERESA.- No necesito la compasión de nadie; y mucho menos de usted. (*Se resiste a sollozar aunque las lágrimas se asoman*). Deberíamos aclarar cuanto antes todo este asunto. No debí

entrar por esa puerta y escuchar tanta basura. Ha sido un error. Ha sido una locura...

LOLA.- Nunca sabemos dónde esta la verdadera basura. Él murió en pleno éxtasis. Gozaba y se estremecía al mismo tiempo de dolor y placer. Y me decía: «No importa, no importa... Sigue, sigue, por favor...; muévete, muévete...» A él le gustaba que yo me su... *(Se detiene)*. De pronto sintió un dolor intenso en la espalda, desde el hombro al costado y un sudor frío le bañó la frente...

TERESA.- ¡Avelino era incapaz de decir esas cosas...!

LOLA.- Lino o Avelino, como usted prefiera, estaba engañándonos a las dos, ¿no lo ha pensado? Estaba jugando a dos barajas. Tanto usted como yo fuimos utilizadas; pero yo no hago una tragedia de esta situación. ¿Quién era el verdadero Avelino Ulloa, el apático, insulso, impotente e inculto contable de Hierros del Norte o el gestor de ediciones, bailongo, vitalista, culto, fervoroso e imaginativo amante con el corazón enfermo...?

TERESA.- *(Solloza)*. ¡El mío; el mío...! *(Se desmorona. Lloro sobrecogida. Lola se acerca y trata de consolarla, casi de acariciarla, pero se contiene y se hace la fuerte y la desenvuelta. Lola aguarda un poco a que se calme)*.

LOLA.- ¿No le apetece nada de comer? Es una pena que no tenga un sobre de sopas. ¡Venga! *(Se van las dos hacia la barra de la cocina)*. Ya sé que no es el momento, y tampoco sé qué hay en la nevera... Llevo tres días sin poner los pies por aquí *(Mira ella también al interior de la bolsa rígida)*. Tiene que haber algo más de queso, y unos espárragos. Luego prepa-

raré un café bien cargado. *(Lola busca en el frigorífico y va sacando fiambre para picar)*. ¿Le estorba? *(Le dice a Teresa señalando la bolsa de papel rígido)*.

TERESA.- Es algo aparatosa, ¿no cree?.

LOLA.- *(Se detiene. Reflexiona un instante)*. No cabe duda, pero no encontré nada apropiado en esos momentos. Sucedió todo tan precipitado... *(Sirve de nuevo algo de bourbon con hielo y agua, ya sin pedirle permiso a Teresa. Ésta no pone ya impedimento y cada vez ha de notársele más la embriaguez)*. ¿Quiere ver...? *(Señala con la cabeza el interior de la bolsa)*.

TERESA.- ¿Ahí... dentro...? *(Lola asiente mientras bebe. Teresa también lo hace)*.

LOLA.- *(Mete las manos en la bolsa)*. ¿Me ayuda...? *(Las dos mujeres sacan del interior el objeto valioso y lo colocan en el centro de la barra)*.

TERESA.- *(Entre emocionada e indignada)* ¡Una sopera...!

LOLA.- *(Rotunda y ofendida)*. Sí señora, una sopera, ¿no le parece bien? *(De la bolsa saca también un gran manojito de ramas de perejil y lo coloca como ramo mortuorio sobre la sopera, procurando que quede muy adornado)*. Lo más apropiado que pude encontrar con las prisas y los malditos nervios, si además se me echaba encima la hora de cierre de los comercios. ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar; acaso cree que estoy acostumbrada a esto? *(Teresa va a hablar y la interrumpe)* Y un ramo de perejil. Y si fuera razonable, no tendríamos más que hablar del tema. Y ahora vamos a brindar por nosotras

dos. *(Alzan los vasos. Teresa algo aturdida por la situación. Los entrechocan)* ¡Chinchín!

TERESA.- ¡Chinchín! *(Y mira de reojo a la sobera. Coloca mejor el ramo sobre la tapadera)*.

LOLA.- ¡Por Teresa y por Lola! *(Hace una especie de genuflexión ante la sobera)*.

TERESA.- *(Titubeante y algo ebria)* ¡Por las dos! y por... *(Trata de imitar a Lola con la genuflexión)*.

LOLA.- ¡Schhh, Schhhh! Por nadie más que por nosotras dos. Por la vida. No por la muerte. Por tí y por mí, Teresa. ¿Te puedo tutear ya...?

TERESA.- Pues claro, *(Cada vez más borracha)* Lola...

LOLA.- ¡Por esta amistad! Y ahora vamos a poner un poco de música caliente.

TERESA.- ¡Música! *(Lola coloca un bolero de Gloria Estefan. Sobre todo ha de escucharse claramente los fragmentos: «No pensé que fueras a dejarme / dices que te has vuelto a enamorar / que no sientes el amor de antes / quieres que te dé tu libertad... Que tu alma siempre será mía / aunque te enamores otra vez / No podrás borrar esos recuerdos / de mis caricias en tu piel...»)*.

LOLA.- Anda, baila *(Lola le ofrece la sobera para que baile)*; este baile es tuyo. *(Teresa se resiste, forcejean, al fin cede, mientras hablan)*.

TERESA.- Esto es un sacrilegio. Una irreverencia. Un profanación.

LOLA.- ¡Es la leche! Él estará gozando en sus cenizas.

TERESA.- Estamos locas.

LOLA.- Estamos vivas. Y tú has querido a un hombre que te ha engañado y yo he amado a un hombre que me ha mentido...

TERESA.- ¡Valiente embustero...! *(Baila y le habla a la sopera pero no se oye porque la música del bolero llena la escena. Lola contempla y se mueve al ritmo romántico del bolero. Cuando acaba la canción, Teresa le traspasa a Lola la sopera con cierto aire reverente)* Ahora tú. *(Indica a Lola. Ésta coge la sopera y la coloca en la barra)*. Si no fuera porque...; se merece que le diéramos una lección...

LOLA.- ¡Espera!, voy a ponerle a tono. Ya verás. A doscientos por hora. *(Coloca el ritmo trepidante de la salsa cubana, atrapa con pasión la sopera y se pone a moverse como una bailarina experta. Se mueve por toda la escena. Teresa la contempla incrédula al principio, escandalizada, haciendo gestos desaprobatorios, luego mira a Lola y poco a poco intenta seguir el ritmo. Lola la ve y la llama con la cabeza. Teresa se resiste, insiste Lola. Al fin, tímidamente Teresa se acerca y Lola la abraza y agarran entre las dos la sopera. Una y otra tararean a medias trozos de la canción. Se desplazan por toda la escena. Terminan derrumbándose en la cama y derramando las cenizas. Pataleando para poder sentarse en la cama neumática. Escandalizadas. La cama, automáticamente, se enciende de colorines y como una verbena. Se agarran una a otra, lo que provoca el que no puedan ni siquiera sentarse.*

Lola se ríe nerviosamente y Teresa se siente desorientada de pronto. Al fin medio se incorporan, cada una por un lado de la cama y contemplan el desastre).

TERESA.- ¡Estamos de remate, Dios mío!, ¡Pobre Avelino!, aquí derramado entre las bragas, los sujetadores, las medias, las fundas de discos y esta verbena de colores...

LOLA.- Está en su mundo..., en su salsa... ¡Azúcar! (*Grita Lola y comienza de nuevo a tararear la canción que antes habían bailado las dos con la sopera*). Venga, Teresa, ánimo, que no se hunde el mundo.

TERESA.- (*Sin dejar de mostrar sin exageración signos visibles de estar ebria*). Ha sido una temeridad. ¿Qué vamos a hacer ahora?. A él le hubiera gustado un entierro digno, discreto, sí, pero un entierro de los de siempre, hasta con su cura, su responso y su llovizna empapando la tierra...

LOLA.- A Lino no le desagrada este jaleo. Todo lo contrario, míralo.

TERESA.- Pero tendremos que darle una solución...

LOLA.- (*Apartando un poco la ropa interior*) Mira, para que te quedes tranquila, recogemos la ceniza con cuidado, la echamos de nuevo en la sopera y luego le damos un cepilladito a la colcha, y como si no hubiera pasado nada...

TERESA.- Es imposible que podamos reunirla, está extendida por toda la cama. (*Se sienta en el borde y está a punto de caerse, y parece que se le va pasando la borrachera*). Un desastre. ¿Cómo me vuelvo sin él? Con la familia esperándolo, y los

amigos, y hasta el director de Hierros del Norte, que me ha pagado el billete para... Y además, todas las viudas tienen un marido en alguna parte..., en sitio seguro, controlado... y yo lo tengo aquí, derramado sobre esta cama de feria de pueblo...

LOLA.- (*Que continúa provocándola*) Costó un pastón; ¡Un huevo le costó a Lino! Un sitio muy apropiado para derramarse, ¿No te parece? Lo hizo tantas veces que no lo ha podido resistir aún después...

TERESA.- ¡Por Dios, Lola...!

LOLA.- (*Más complaciente*) Perdona, mujer, perdona... (*Guardan silencio. Cada una sentada un lado distinto de la cama, dándose la espalda*). ¡Ya está! ¿No te enfadarás si te propongo...? (*Se levanta. Acude al lado de Teresa, le cuchichea al oído. Ésta hace gestos de horror, manotean. Teresa niega rotunda con la cabeza, poco a poco, según va Lola hablándole al oído los gestos son menos consistentes hasta que poco a poco van convirtiéndose en una concesión afirmativa sin mucha fuerza, confundida entre un sí y un no*) ¡Pues manos a la obra! (*Se levantan las dos. Retiran algunas prendas que aún quedan en la cama, cogen cada una dos picos de la colcha y la levantan. Van como en procesión fúnebre, que puede ser remarcada por un subrayado de música patética, hacia la ducha y sacuden en la bañera la colcha*). ¿Puedes abrir tú el grifo? (*Suena el chorro de la ducha durante unos instantes*). ¿No queda rastro...? (*Vuelven las dos, colocan la colcha de nuevo, una por cada lado, con mimo y acuden hacia el centro de la escena sacudiéndose las manos. En ese momento, de golpe, la escena se quedará completamente a oscuras. En la sala explotarán de inmediato diez o doce globos, con estruen-*

do y saldrán comparsas danzones que lanzarán al público decenas de globos desde distintos puntos de la sala bailando y animando al público a sumarse a la fiesta al ritmo de la salsa caribeña. Sonará insistentemente el estribillo de la canción: «Levántense y gocen, que la vida es muy corta / alégrense, por fin, que lo demás no importa...» Así durante unos minutos, hasta que poco a poco la fiesta se generalice y bajen las actrices desde el escenario y se sumen a la fiesta).

FIN

